

## APUNTES DE LITERATURA DE VIAJES: MARGARET D'ESTE

---

Francisco Javier Castillo<sup>1</sup>

**Resumen:** Margaret D'Este es una auténtica profesional de la literatura de viajes que cuando visita las Islas ya contaba con otras publicaciones anteriores en este campo, como *Through Corsica with a Camera*, de 1905, y *With a Camera in Majorca*, de 1907. El periplo canario se produce de diciembre de 1908 a mayo de 1909 y la representación de este viaje viene en *In the Canaries with a Camera*, publicada en 1909 y que constituye una aportación que se separa claramente de otras anteriores, como las de Olivia Stone y Charles Edwardes. El análisis de los dos capítulos dedicados a La Palma, el XVI y XVII, nos muestra que la intención de la autora no es articular un *continuum* descriptivo, al estilo tradicional de los viajeros precedentes, sino que prefiere avanzar a través de instantáneas, de fotografías verbales, con las que pretende crear una imagen general.

**Palabras clave:** Literatura de viajes, historia, estudios culturales, siglo XX, Canarias, Margaret D'Este.

**Abstract:** Margaret D'Este is a professional travel literature writer and, when she visits the Canaries, she has already published two books in this field: *Through Corsica with a Camera*, in 1905, and *With a Camera in Majorca*, in 1907. Her Canary journey took place from December 1908 to May 1909 and the literary representation of it can be seen in *In the Canaries with a Camera*, published in 1909 and which stands a bit apart from previous works, as it is the case of the ones by Olivia Stone and Charles Edwardes. The study of the two chapters dedicated to La Palma reveals that the aim of Margaret D'Este is not to provide a descriptive *continuum*, following the traditional ways of the travellers accounts, but to do it with the help of details, of verbal photographs, with which she tries to get an overall picture.

**Key Words:** Travel literature, history, cultural studies, 20th century, Canary Islands, Margaret D'Este.

---

En lo que se refiere a Canarias, la literatura inglesa de viajes presenta a lo largo del siglo XIX dos periodos nítidamente diferenciados. Uno de ellos abarca los tres primeros tercios de la centuria y está caracterizado por contribuciones manifiestamente superficiales porque se trata de piezas en las que la inquieta andadura del viajero no se detiene ante una geografía única, sino que se sitúa ante un conjunto diverso de escenarios y de latitudes. Ello hace que las Canarias sean sólo el eslabón de una cadena y este hecho se traduce necesariamente en una representación de las Islas caracterizada por el esquematismo, por los tópicos y, en algunas ocasiones, por el error, y

---

<sup>1</sup> Profesor Titular del Departamento de Filología Inglesa y Alemana de la Universidad de La Laguna.

en la que se refleja que el breve contacto con la realidad insular obliga a los autores a contraer una deuda especial con las fuentes anteriores. Como es de esperar, en esta imagen rápida que se ofrece, el protagonismo recae en las islas de los puertos en que el viajero toca, que son casi exclusivamente Tenerife y Gran Canaria, y el resto apenas son nombradas. Tal es el caso de obras como *A Voyage to Cochinchina* de John Barrow, *Travels in Madeira, Sierra Leone, Teneriffe, St. Jago, Cape Coast, Fernando Po, Princes Island* de James Holman, *Narrative of a Voyage to Madeira, Teneriffe and along the Shores of the Mediterranean* de William R. Wilde, y *Notes of a Residence in the Canary Islands, the South of Spain and Algiers* de Thomas Debary, en las que el lector puede comprobar que reinan la síntesis, las pinceladas aisladas y las generalidades.

Sin embargo, en el último tercio del siglo asistimos a un cambio apreciable y estas contribuciones iniciales se verán seguidas de un notable conjunto de obras en las que las Canarias dejan de ser una simple tesela de un mosaico extenso y diverso para convertirse en el objetivo único de los viajeros, y ello se traduce, como es de esperar, en un tratamiento más amplio y profundo de la realidad insular. Estos hechos se aprecian nítidamente en *Sixteen years of an artist's life in Morocco, Spain and the Canary Islands* de Elizabeth Murray, una obra que se publica en 1859 y que, si bien no se consagra monográficamente a las Islas, destaca sin duda por el amplio número de páginas que se les dedican —buena parte del primer volumen y todo el segundo— y por la amplitud del contacto que la autora mantiene con las Islas, aun cuando el resultado final no fuera tan satisfactorio como cabía esperar. Lo que es innegable es que esta obra de Elizabeth Murray constituye el pórtico que nos lleva a la gran floración de publicaciones en esta dirección que se produce en las dos décadas finales de la centuria, sin duda alguna al calor del creciente interés de los británicos por el Archipiélago, y que van a ofrecer, en muchos casos, una imagen de las Canarias más plural, que ya no se circunscribe a las dos islas centrales, sino que se abre a otras.

Entre las obras más relevantes de las que se publican en el último tercio del siglo XIX cabe citar *Tenerife and Its Six Satellites* de Olivia M. Stone, cuya primera edición aparece en 1887, en dos volúmenes, y dos años después saldrá una segunda edición, esta vez en un volumen y nueva disposición de los capítulos. Esta viajera dedicará los seis meses previos a su periplo insular a la recopilación de todos los datos disponibles a este respecto, tanto de carácter bibliográfico, como de índole oral, para lo cual no dudó en entrevistar a diversas personas que habían residido algún tiempo entre nosotros. Tras esta etapa previa de acopio de datos vendrá la fase de trabajo de campo, que se desarrollará durante algo más de cinco meses, para ser del todo exactos desde el 5 de septiembre de 1883 hasta el 16 de febrero siguiente, en los que tienen lugar las estancias y recorridos en cada una de las Canarias, prestan-

do una especial atención al medio rural, y la representación final de este viaje refleja cómo Olivia Stone se deja fascinar por la naturaleza insular, por su singular e irreplicable belleza, y cómo se interesa por los hombres y mujeres: por su vestimenta, por su carácter, por sus rasgos físicos, por sus costumbres. Toda esta combinación de dedicación, esfuerzo y exigencia hará que *Tenerife and Its Six Satellites* tenga la factura espléndida y única que muestra, y que marque un antes y un después en lo que se refiere a nuestros libros de viajes.

También debe destacarse la obra de Charles Edwardes *Rides and Studies in the Canary Islands*, publicada en 1888. En este caso estamos ante un autor que no dispone del presupuesto y del tiempo que la meticulosa y tenaz Olivia Stone ha invertido, y que entiende y diseña su experiencia canaria de un modo particular y personal, con un recorrido parcial del Archipiélago, centrado en Tenerife, La Palma y Gran Canaria porque son las islas más representativas y de mayor interés para los lectores británicos. Ambos textos, el de Stone y el de Edwardes, constituyen lo más representativo de la literatura inglesa de viajes sobre Canarias en las dos últimas décadas del siglo XIX, que serán particularmente ricas en publicaciones<sup>2</sup>, entre las que cabe citar las de A. B. Ellis, Isaac Latimer, Frances Latimer, Harold Lee, y John Whitford.

Esta es la tradición en la que se inserta la obra de Margaret D'Este *In the Canaries with a Camera*, publicada en 1909<sup>3</sup>. Esta viajera es una auténtica profesional de la literatura de viajes que cuando visita las Islas ya contaba con otras publicaciones anteriores en este campo, como *Through Corsica with a Camera*, de 1905, y *With a Camera in Majorca*, de 1907. Acompañada de la señora R. M. King, Margaret D'Este llega a Santa Cruz de Tenerife el 13 de diciembre de 1908, y pocos días después, ya está instalada en el Hotel Humboldt del Puerto de la Cruz, que va a ser el centro de operaciones en sus recorridos por la isla. El primero de ellos se dedicará a los altos de La Orotava, luego vendrá el de las localidades del norte, especialmente Icod y Garachico, a continuación tiene lugar el de Guímar, Vilaflor y las Cañadas. Tras dejar el Puerto de la Cruz, la última semana de la estancia en Tenerife la dedican a La Laguna, a donde llegan el 13 de abril, y el día 21 siguiente, a última hora de la tarde, embarcan rumbo a La Palma y de aquí pasarán a Gran Canaria hasta el 26 de mayo en que dejan las Islas. Tal y como se puede ver, este periplo insular de seis meses

<sup>2</sup> García Pérez 1988; Castillo 2000a, 200b, 2002, 2006.

<sup>3</sup> Según los datos que manejamos, los fondos insulares cuentan con cuatro ejemplares de esta obra, que se encuentran en la Biblioteca de la Sociedad Cosmológica de Santa Cruz de La Palma, en la Biblioteca General y de Humanidades de la Universidad de La Laguna, en la Biblioteca de la Casa de Colón y en la Biblioteca General de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Recientemente se ha publicado en español una sección de esta obra dentro de Marianne North, Frances Latimer y Margaret D'Este, *Fascinadas por el Pico: Tres mujeres y un volcán*.

se distribuye de forma dispar y la mayor parte del tiempo transcurre en Tenerife, una circunstancia que produce un claro e inevitable desequilibrio interior en la representación final del viaje. A Tenerife se le dedican la mayor parte de los capítulos, del I al XV, a La Palma sólo dos, el XVI y el XVII, e igual tratamiento recibe Gran Canaria en los capítulos XVIII y XIX.

En estas páginas nuestra atención se centra en los capítulos palmeros de *In the Canaries with a Camera*. Sobre La Palma ya habían tratado tanto Olivia Stone como Charles Edwardes. Acompañada de su marido, la señora Stone llega a la isla el 12 de octubre de 1883 y pasa en ella ocho días de intensa actividad. Se instalan en una fonda de Santa Cruz de La Palma, cercana al puerto, pero pasan muy poco tiempo en ella porque deciden partir para el interior de la isla el mismo día de su llegada. En toda su andadura, los singulares paisajes de La Palma cautivan una y otra vez a Olivia Stone y encontramos múltiples ejemplos de ello en sus anotaciones, que constituyen sin duda alguna la representación más completa que se ha hecho de la isla en la literatura inglesa de viajes. En cuanto a Edwardes, la visita a La Palma, que hace acompañado del reverendo C. V. Goddard y que describe en los capítulos XV a XVIII, la inicia a mediados de abril de 1887 y en ella emplea tres semanas. Pese a la brevedad y rapidez de su estancia en La Palma, Edwardes se las ingenia para proporcionarnos un completo panorama de la isla en los últimos años del siglo pasado y son numerosos los aspectos que incluye en sus notas. Singular valor poseen también las referencias que nuestro viajero deja de su recorrido por la isla y que acomete valientemente sin tener una idea aproximada de la naturaleza de los barrancos que hay que cruzar, del mal estado de los caminos reales y del trazado tortuoso que éstos tienen. Lo realmente importante de este recorrido que Edwardes hace por el interior de La Palma es que le permite incorporar a su obra aspectos novedosos y de especial interés porque visita y describe comarcas que viajeros anteriores no habían pisado<sup>4</sup>. En el caso de Margaret D'Este, si comparamos sus apuntes con los de Stone y Edwardes, se advierten claras diferencias. En todo momento se puede observar que esta viajera quiere controlar las visitas y recorridos que hace así como el volumen de información que obtiene y que luego va a incorporar al libro. Esto es así porque está limitada por un formato determinado y por ello no hay espacio en su representación para los amplios detalles que los autores anteriores dan sobre la historia local o sobre otras parcelas. De hecho, la única concesión que hace a la historia insular puede verse en el capítulo VII de la obra, donde deja patente el valor que le otorga a las fuentes que se refieren a las Islas y donde sintetiza sin garbo y en muy pocas páginas la prehistoria de Canarias y su andadura tras la conquista.

---

<sup>4</sup> Castillo 1999.

Nuestra autora y la señora King llegan a La Palma el 22 de abril a bordo del *León y Castillo*, un vapor de 511 toneladas de registro bruto que, juntamente con el *Viera y Clavijo*, tenía a su cargo las comunicaciones interinsulares y que suponía un avance y una comodidad que tanto Olivia Stone como Edwardes hubieran agradecido. Las recién llegadas se instalan en el Hotel Español, del que no se dan referencias sobre su ubicación y características. A este respecto sabemos que el Hotel Español, propiedad de don Vicente Guitart, había abierto sus puertas en octubre de 1906 en el núm. 33 de la entonces calle real de Santiago. Contaba con un restaurante en el piso bajo y con habitaciones de distinta categoría. Luego, en marzo de 1907, su propietario decide trasladarlo a otro edificio, en el núm. 11 de la calle Álvarez de Abreu, donde con anterioridad había estado ubicado el Hotel Aridane, propiedad de don José María Sánchez, que se había inaugurado en 1904 y que contaba con un amplio comedor frente al mar, habitaciones espaciosas en los pisos alto y bajo y baños con ducha<sup>5</sup>. Con el nuevo nombre de Hotel Español y con nueva dirección lo conocerá en 1908 el comerciante y periodista inglés John D. Ritson, que lo elogia en el trabajo periodístico que con el título de «Excursión a La Caldera», publica en *El Presente* el 26 de marzo de 1908. Ritson lo recomienda «por haber mucho aseo y ser la comida bastante mejor» y porque «cualquiera que resida un corto tiempo en La Palma encuentra allí cuando desear pueda». Bastante diferente es la impresión particularmente negativa que Margaret D'Este tiene del Hotel Español, sobre todo en lo que se refiere a la limpieza y la comida:

At mid-day we were summoned to the *comedor*, where in company with the other occupants of the house we took our seats at a long table covered with an extremely dirty cloth [...] Dead flowers lay scattered about on tables and chairs, grimy tear-marks bespattered the unwashed milk-jug and coffee-pot, and the raised china flowers upon the teacups curried ledges of dust that had not been disturbed for weeks. And throughout the house the same slovenliness prevailed.

Our spirits sank, I confess, when we regained the Hotel Español; even the mournful tootle of the knife-grinder's flute in the street outside seemed associated with the grease-spotted table linen of the *comedor* and the half-witted Raphael in his dirty jersey.

Our bedrooms had undergone a partial cleaning during our absence, but the towels—which had evidently remained undisturbed in the process—were connected with the wall by stout spiders' webs.

<sup>5</sup> La prensa local nos proporciona estos detalles, que debo a la amabilidad de José Eduardo Pérez Hernández. Véase «Nuevo hotel», *El Insular*, 10 de octubre de 1906; «Anuncios», *Fénix Palmense*, 5 de mayo de 1904; *Germinal*, núm. 223, 20 de marzo de 1907. Para una aproximación a las características del edificio que ocupaba el Hotel Español, véase Pérez García 2000:31-34.

A las deficiencias en limpieza y en comida hay que sumar la particular naturaleza de la esposa del titular de la fonda, a la que nuestra autora hace responsable del abandono del establecimiento y que retrata de forma despiadada. Son momentos en los que es de presumir que nuestra viajera añora otras fondas que ha conocido en sus viajes, como la fonda de la Marina en Ibiza, que no duda en alabar por lo excelente de su comida y alojamiento. La propia autora nos dice que con anterioridad había tenido el nombre de Hotel Aridane y había conocido mejores momentos, detalles que presumiblemente los pone en conocimiento de Margaret D'Este el propietario de la fonda de los Llanos durante la estancia de la viajera en esta localidad. Esta impresión negativa viene a confirmar lo que ya es una tradición en lo que se refiere a la valoración de las fondas de La Palma en los distintos autores.

El mismo día de la llegada, las viajeras dan un paseo por las calles de la ciudad, donde realizan distintas compras en las tiendas. En este primer paseo pueden ver las características del traje tradicional: la montera de un campesino, el tocado de las mujeres, y también es la primera vez que ve unas corsas en funcionamiento. En las tiendas pueden ver distintos artículos de seda local, las cachimbas con tapa, y los cuchillos típicos, y en uno de los estancos adquiere algunos puros, que no tuvieron mucho éxito tras el regreso a Inglaterra. Ese mismo día tiene lugar la su visita a la iglesia del Salvador, de la que solamente destaca el artesonado y la pila bautismal, todo ello dentro de una descripción con muy escasas referencias. El templo presenta en aquellos momentos, abril de 1909, esencialmente el mismo aspecto que tiene en la actualidad, si exceptuamos la restauración que se hizo en 1947, en la cual se colocó la nueva solería de mármol blanco. Nada nos dice nuestra viajera de la bella pintura de la Transfiguración de Antonio María Esquivel que ocupa el retablo del altar mayor desde 1839, así como de las notables imágenes de Jesús Nazareno y la Virgen del Carmen de Fernando Estévez de Salas. Tampoco llama su atención tabernáculo del altar mayor, que tiene estructura de templete neoclásico circular y que guarda en su interior un receptáculo giratorio donde se coloca la custodia. A Olivia Stone le había sorprendido particularmente el mecanismo mediante el cual el remate del templete asciende, elevando el tul blanco que cubre el cuerpo interior del mismo al tiempo que de la parte posterior del templete surgen dos angelitos, uno a cada lado, que llevan en sus manos los extremos del tul<sup>6</sup>.

Como ya se ha adelantado, en lo que sí se fija Margaret D'Este es en la pila bautismal. Esta pila, de mármol blanco, con pasajes de la vida de San Juan Bautista es-

---

<sup>6</sup> Como se sabe, este tabernáculo fue realizado en 1841 y costado con parte de los fondos legados por Cristóbal Pérez Volcán. Los dos ángeles turiferarios fueron tallados por Fernando Estévez en 1843 y también se deben a este escultor los dos ángeles de estatura natural que están de rodillas con sus incensarios y navetas a los lados del tabernáculo.

culpados alrededor y rematada con la imagen del santo, es de estilo renacimiento y fue realizada a mediados del siglo XVI. Tradicionalmente se ha venido admitiendo que esta pila fue adquirida en Londres durante la Reforma y que procede concretamente de la antigua iglesia donde luego se levantó la catedral de San Pablo. Esta tradición queda recogida por distintos autores (Stone, Edwardes) y Margaret D'Este también da cuenta de ella, pero conviene señalar en este sentido que no se conocen las razones que apoyan la procedencia inglesa de esta pila bautismal. Bien es verdad que la llegada de imágenes y objetos religiosos a Canarias procedentes de Inglaterra a raíz de la Reforma no es una invención y en relación con La Palma vemos que Viera y Clavijo asegura que esta es la procedencia de la imagen de San Andrés que se venera en la iglesia del mismo nombre. Pero esta explicación parece no ser válida en el caso de la hermosa pila bautismal del Salvador, que Hernández Perera cataloga como la más antigua de las italianas que ha visto en Canarias y la califica de «obra muy típica de los marmolistas carrareses»<sup>7</sup>.

Hay que resaltar que, en su primer paseo por la ciudad, los únicos edificios que llaman la atención de Margaret D'Este son la iglesia del Salvador y el Ayuntamiento. Nada nos dice de la Plaza de España, y tampoco refleja nada sobre el monumento a don Manuel Díaz, inaugurado en 1897. Ese mismo día visitan el Museo de la ciudad, donde pueden ver los restos de la cultura material de los habitantes primitivos de La Palma, que nuestra autora denomina *hauaritas*, siguiendo a Berthelot. Como se sabe, en las fuentes históricas tempranas (Abreu Galindo, Torriani, Marín de Cubas) se llama *palmeros* a los aborígenes de la isla, pero Berthelot, apoyándose en Glas, está convencido de que la población antigua de La Palma pertenecía a la tribu africana de los *hauaritas* y que de ellos procede el nombre de la isla, y de aquí surge *hauarita* o *auarita*, una forma creada a partir del topónimo *Benahoare*. Pese a su falsa naturaleza, se trata de una voz que aparece con excesiva frecuencia en publicaciones de toda índole, incluso en contribuciones de carácter científico, sin duda porque el término *palmero* se aplica en la actualidad al natural histórico de la isla y se necesita una forma específica, como lo es *guanche* en el caso de Tenerife, para los palmeros antiguos<sup>8</sup>. Este Museo de Ciencias Naturales y Etnográfico se había fundado el 6 de noviembre de 1881, fundado por un grupo de intelectuales y personas inquietas de La Palma, y nutrido de colecciones privadas que donaron los socios y simpatizantes. Inicialmente estuvo instalado en dos habitaciones cedidas por la Sociedad Económica de Amigos del País y aquí se encontraba cuando Olivia Stone visita la isla en 1883. Esta viajera se refiere a él en sus anotaciones correspondientes al martes 16 de octubre de 1883, pero por lo que recoge podemos ver que no llegó a visitarlo. Se

<sup>7</sup> 1961: 395.

<sup>8</sup> Díaz Alayón 1999: 221.

trataba de un local que no ofrecía condiciones para la exposición de las colecciones y por ello se trasladaron a un nuevo local en la calle de la Cuna, núm. 14 y el 23 de enero de 1887 se abrió al público. No sería una ubicación definitiva porque en 1889 el Ayuntamiento puso a disposición del Museo la planta alta de la casa Panera o del Pósito, donde Margaret D'Este pudo visitarlo.

El día 23 lo dedican a dar un paseo por los barrancos que rodean la ciudad y para ello encargan un burro para la señora King. En este paseo pueden contemplar el Barco de la Virgen. Los alrededores de la ciudad le parecen a nuestra autora infinitamente más pintorescos que los de cualquier otra población de Canarias y como ejemplo describe la vista del Barranco de Dolores y de los molinos de Bellido, arropados por la cumbre.

El día siguiente dan un paseo en carro hasta La Breña y Mazo. En este punto recoge que los palmeros tienen en muy baja estima a las flores silvestres y un escaso conocimiento de ellas, pero que por el contrario poseen un amor singular hacia las flores cultivadas, que hace posible que consigan las flores más hermosas. Este desplazamiento le permite a nuestra viajera indagar algo más sobre la vestimenta tradicional. Nuestra autora ya había hecho algunos apuntes en este sentido, fruto de sus observaciones en los paseos por la ciudad, pero ahora, en Breña Baja, tiene la oportunidad de comprobar cómo la vestimenta tradicional ya ha sido reemplazada por otra más moderna. Aun así, se las arregla para conseguir completar la indumentaria de una mujer de la zona:

The whole collection of antiquated garments that could be raised in the place amounted to little more than an outfit for one girl, and we had some difficulty in persuading any of the little maidens present to don the crimson-laced bodice, the short full skirt, and the absurd little hat that must be worn cocked over one eye. Some of the girls were too shy to masquerade in public, others refused to be photographed barefooted and wanted to go home and put on their Sunday boots, while others again were so convulsed with amusement at the thought of the figure they would cut in so obsolete a dress that they broke down in fits of laughter.

At last we found a child sufficiently devoid of self-consciousness to act as a model; a small boy wearing a *mantera* was easily caught and placed beside her, and we secured a picture that is likely to be the last ever taken of the ancient peasant dress of La Palma.

La valoración que Margaret D'Este hace del sombrero de palma que llevan las mujeres es idéntica a la que hacen otros viajeros anteriores. Conviene recordar en este sentido que la introducción del sombrero de palma en la vestimenta tradicional de



la mujer canaria es un hecho que se produce a partir de las primeras décadas del siglo XIX. Algunos de los prisioneros franceses de la guerra de la Independencia que fueron enviados a Canarias después de la batalla de Bailén enseñaron la técnica de la fabricación de los sombreros con trenzado de la hoja de palma. En el caso de La Palma, esta innovación entra por la ciudad principal y la zona de influencia de ésta, y va paulatinamente ganando terreno al uso de la montera, que era el tradicional de la isla y que quedaría relegado a los términos del norte (Puntallana, San Andrés y Sauces, Barlovento, Garafía, Puntagorda y Tijarafe). Olivia Stone da cuenta de esta distribución tan precisa que tiene el sombrero de palma en el vestido de la mujer palmera<sup>9</sup>. En el regreso a la ciudad tienen un percance porque el conductor llevaba el carro a mucha velocidad, sin tener en cuenta el riesgo de volcar, y cuando trataban de girar en la esquina de una calle, se estrellan contra una casa.

El día 25 dejan el Hotel Español por cuatro días, porque la señora King ya se ha recuperado y se siente capaz de hacer una excursión por el interior de la isla. El recorrido que Margaret D'Este hace por el interior de la isla es manifiestamente más reducido que el de sus predecesores. Recuérdese a este respecto que los Stone no recorren el sur de la isla ni tampoco visitan los municipios del Norte (Tijarafe, Puntagorda y Garafía) que conocerán únicamente en sus tramos de cumbre. Edwardes, por su parte, primero cubre hasta Los Sauces, luego intenta hacer el camino hasta Garafía, llegando finalmente a Las Tricias, y la tercera jornada, con parada en el pueblo de Tijarafe, finaliza en Los Llanos, donde pasa algunos días que dedica al pueblo de El Paso y especialmente a La Caldera. Por lo que respecta a Margaret D'Este, su recorrido por el norte de la banda oriental de la isla no va más allá de Santa Cruz de La Palma y por el sur hasta el pueblo de Mazo. En la banda occidental se limita a Los Llanos, la Caldera y el pueblo de Candelaria.

El 25 de abril, poco después de mediodía, salen para Los Llanos. La pequeña expedición la forman la autora, la señora King y dos arrieros. Uno de ellos, propietario de las mulas y hombre experimentado en los caminos, es José María; y el otro es un joven arriero, cuyo nombre no queda reflejada y que se ocupa de la mula de carga contratados. La importancia de los arrieros en la literatura de viajes sobre las Islas es considerable y se merecen sin duda alguna un trabajo de investigación que saque del olvido su labor y sus nombres. En esta nómina ocupa un lugar destacado Lorenzo García, que es sin duda alguna el más famoso de los guías del Teide y que figura en distintas piezas<sup>10</sup>. En lo que a La Palma se refiere, José María forma parte de una

<sup>9</sup> Sobre el traje típico de las mujeres de La Palma, véase la descripción de C. Arribas y Sánchez, 1900: 194.

<sup>10</sup> Olivia Stone lo retrata de forma especial (1887 I: 72, 282). Lorenzo acompaña a los Stone en el viaje que los lleva por todo el norte de Tenerife, y luego en el viaje a La Gomera y a El Hierro. De igual

amplia nómina en la que tenemos que incluir a Juan y Domingo, los arrieros que acompañaron a Olivia Stone, y a Juan Domingo, el campesino de Tijarafe que guió a esta viajera desde la zona del Time hasta Los Sauces por la cumbre.

Margaret D'Este no es especialmente meticulosa en relatar las incidencias del trayecto y los datos y detalles son escasos. Aunque el relato no contiene referencias específicas en este sentido, creemos que la pequeña expedición inicia la subida por la calle de San Sebastián, testigo secular del trasiego de este camino, y luego no continúan por el camino real sino por la carretera. Una vez llegan a la Cruz de los Bolos, toman el camino real y siguen adelante entre altas y centenarias paredes de piedra seca, pasando por La Crucillada. Luego continúan por el Barranco del Bordón, Botazo y la fuente de Chaves. Después ascienden por el lomo de las Vueltas hasta la cumbre. Una vez en Los Llanos no tienen sino palabras de elogio para la fonda y para su titular.

A la mañana siguiente tiene lugar la visita a La Caldera, y el relato describe las características del Barranco de las Angustias, el descenso hasta el lecho de éste, y la posterior subida que las va a llevar a un punto desde donde pueden contemplar la gran depresión. A las viajeras les llaman la atención las numerosas cruces de madera colocadas aquí y allá a lo largo del camino y se fijan particularmente en el hecho de que algunas de ellas estaban recubiertas de tela. Al final, tras más de tres horas de marcha, pueden contemplar la Caldera.

El día 27 se desplazan al pueblo de Tijarafe y los apuntes de nuestra viajera recogen detalles sobre la dureza del camino, la hospitalidad de los campesinos, la escasez de agua en aquella parte de la isla, el encuentro con los dos cabreros jóvenes que les hicieron a las viajeras una demostración de sus habilidades con las lanzas, las deficiencias de la fonda de Candelaria. Particular atención le dedica a la cuesta del Time, tradicionalmente conocida como las Vueltas de Amagar y famosa por su estrechez, pendiente y dureza. Viera y Clavijo<sup>11</sup> no deja de referirse a estas características, otro tanto hace R. Verneau<sup>12</sup> que sube este camino en 1878, y Juan Bautista Lorenzo llega a recoger que consta de 73 vueltas. Nuestra viajera escribe en todo momento *Timé*. y además recoge la supuesta pronunciación de este topónimo Tee-may. Estas inexacto-

---

forma, también Charles Edwardes tiene la oportunidad de conocer a Lorenzo algunos años después y se refiere a él en el capítulo VII de su obra. Este viajero recurre a Lorenzo García, pero no como guía, porque según su criterio no le parecía necesario cargar con una persona que le iba a ocasionar múltiples contratiempos. Lorenzo le alquila la yegua y le advierte los peligros de ir solo, sobre todo porque Edwardes no conoce el terreno y no habla español lo suficientemente bien como para manejarse entre extraños. Al final, siguiendo las indicaciones del práctico, nuestro viajero se deja acompañar por José, un guía más joven. Más tarde, Lorenzo acompaña a Henry E. Harris en alguno de sus desplazamientos por Tenerife y en el viaje que lleva a cabo a Fuerteventura. Véase Castillo 2006.

<sup>11</sup> Lib. XV, cap. 88.

<sup>12</sup> *Cinq années de séjour aux Îles Canaries*, cap. XVIII.

titudes en las formas toponímicas también se dan en otros autores, como es el caso de Charles Edwardes que trae *Tocade*, *Peleos* y *Timé*, en lugar de *Tacande*, *Poleos* y *Time*, y que se deben a que utiliza el mapa de La Palma de Berthelot, que contiene estos y otros errores. Todas estas inexactitudes son algo habitual en la literatura de viajes, un género que generalmente se construye sobre impresiones rápidas y personales y donde no suele haber tiempo para rectificaciones o revisiones.

Las escuetas referencias que Margaret D'Este le dedica a Candelaria se acercan a los apuntes que Edwardes le dedica a esta localidad. Coinciden en la pobreza del pueblo, las escasas posibilidades de alojamiento y la carencia de comida. El día 28 visitan la iglesia del pueblo, pero su descripción es mucho más escueta que la que hace Edwardes<sup>13</sup>. Luego parten hacia Los Llanos, deshaciendo el camino que habían hecho el día anterior. Del día siguiente se describen las dificultades de la bajada de la cuesta del Time, que tienen que hacer a pie porque las mulas se resbalaban una y otra vez, el canto de los arrieros y, ya en las cercanías de Los Llanos, la visita a la fábrica de azúcar.

El día 29 de abril parten con dirección a Santa Cruz de La Palma, lamentando mucho tener que dejar la pequeña fonda de Los Llanos, que por su limpieza, precio módico y liberalidad, se puede comparar favorablemente con cualquiera de las de Canarias. A esta altura del diario de viaje, al lector le puede llamar poderosamente la atención el hecho de que en todo momento Margaret D'Este utilice las denominaciones *Los Llanos* y *La Caldera* y que jamás emplee las fórmulas *Los Llanos de Aridane* y la *Caldera de Taburiente*. En relación con el término *Llanos de Aridane* conviene recordar que, si bien es una fórmula que aparece en algún texto histórico del siglo XVI, no tendrá arraigo en el uso popular. Prueba de ello es que este término no figura en ningún momento en la amplia documentación religiosa y civil consultada, correspondiente a los siglos XVI, XVII y XVIII. Una decisión política del Ayuntamiento de Los Llanos instaura este término en el uso a partir de 1941<sup>14</sup>. No cogen el camino de la Cumbre Nueva, que era el que habían utilizado en la ida, sino

<sup>13</sup> *Rides and Studies in the Canary Islands*, 301-302: «The church of Candelaria is reputed the oldest in the island, after S. Andrés. It was certainly built for a larger congregation than the dismal little town which now surrounds it can muster for its broken pavements and rickety chairs. The reredor, too, has not its equal in Palma for ornateness. The Apostles are set in niches upon it, bearing marks of their identity. St. Peter of course carries his keys; St. Simon, a long iron saw, in memory of his martyrdom, &c. Above these images are paintings, coarse indeed, but suggestive. But the cruellest picture of all is a great black representation of a window, daubed on the northern chancel wall, to match a real window on the opposite wall. The exterior of the northern porch of this uncouth old church is decorated in fresco with a beamed sun; and the artist has given the planet nose, eyes, and a mouth. The west porch is similarly frescoed with a rude tower. It was not to be expected that the sacristan could explain these insignia. They had been there a long time, he said; and that threw the burden of explanation upon his ancestors».

<sup>14</sup> Sobre el término *Aridane* véase D. J. Wölfel, *Monumenta Linguae Canariae*, pp. 741-742; y C. Díaz Alayón, «Tres aportaciones sobre toponimia prehispánica de Canarias», pp. 381-383.

que lo hacen un poco más al sur por el camino de la Cumbre Vieja, un trayecto más fácil pero más largo, que durante siglos, ha sido utilizado preferentemente por los vecinos de la zona de la Breña y Mazo para llegar a la banda oeste.

El regreso al Hotel Español les muestra que todo sigue igual y el 1 de mayo embarcan en el *León y Castillo* con destino a Gran Canaria, donde estarán hasta el 26 de mayo, fecha en que tiene lugar el regreso a Inglaterra.

La lectura de estos dos capítulos dedicados a La Palma nos muestra que la intención de la autora no es articular un *continuum* descriptivo, al estilo tradicional de los viajeros precedentes, sino que prefiere avanzar a través de instantáneas, de fotografías verbales, con las que pretende crear una imagen general. Uno de los elementos constructivos más destacados es la descripción del paisaje, tal y como podemos ver en los detalles del paseo que realizan a Mazo y La Breña:

Choughs wheeled in flocks about the fields, uttering their shrill cry, their long bills and legs of sealing-wax red distinguishing them from rooks, for which at first sight we mistook them.

The chestnut groves were still leafless, but the whole countryside was breaking out into fruit blossom from the orchards of peach, plum, pear, and cherry through which we drove. The white Florentine iris grew in quantities in the fields and by the wayside, in company with bushes of double geranium and masses of a graceful old-fashioned-looking wild cineraria with dark purple centre and petals of pale mauve, quite one of the most beautiful wild flowers we ever saw.

De igual forma y como otro de los aspectos destacables de los capítulos que nos atañen, hay que resaltar el interés que Margaret D'Este tiene por el español de Canarias. Conviene recordar en este sentido que la presencia de materiales lingüísticos insulares no es un hecho novedoso en nuestra literatura de viajes, porque son numerosos los autores que no se limitan a aportar datos relativos a la geografía, la economía y la etnografía, sino que también se preocupan por la lengua e intentan reproducirla parcialmente a través de comentarios o de registros. En lo que se refiere a las fuentes inglesas constituye una constante que se da desde las fuentes más tempranas, como es el caso de la *Pleasant Description of the Fortunate Islands* de Thomas Nichols, que nos deja, entre otros datos, un completo repertorio de la terminología azucarera. También Glas recoge algunas voces insulares en su *A Description of the Canary Islands*, pero las contribuciones más destacadas corresponden al siglo XIX. Particularmente notable a este respecto es la aportación de Olivia Stone, que recoge un amplísimo repertorio de léxico, que en su mayor parte procede del vocabulario patrimo-

nial del español, pero que también incluye voces genuinamente canarias, así como distintos comentarios sobre las peculiaridades del español canario y sobre las particularidades que observa en determinadas zonas. Margaret D'Este también se une a esta constante y recoge en su obra materiales lingüísticos de diversa naturaleza. En sus páginas palmeras vemos que reproduce varios fragmentos de las conversaciones que sostiene con distintas personas o que tiene la oportunidad de escuchar. De este modo recoge palabras de José María, el arriero. Y también se recogen sintagmas como *mal de estómago*, *feliz viaje*, *buenos días*, *buenas tardes*. A este respecto conviene destacar que resulta evidente que en ocasiones Margaret D'Este reproduce las frases, expresiones y palabras españolas de una forma poco exacta, que difícilmente se puede corresponder con la realización de los respectivos hablantes, como cuando nos dice *traje de país*, o *costumbre de país*. Un segundo aporte de material lingüístico lo constituye el amplio conjunto de voces que se recogen:

At mid-day we were summoned to the *comedor*, where in company with the other occupants of the house we took our seats at a long table covered with an extremely dirty cloth.

A box formed of the hollow branch of a dragon tree—mill-stones for grinding *gofio*—necklaces of tubular pottery...

Rising abruptly from the coast, the hills open out behind the town into a pretty valley, disclosing a vista of *gofio* mills occupying a rocky spur, and backed by a chain of irregular indigo-blue peaks, the pine-clad heights of the *cordillera*.

The natives hold wild flowers in very low esteem, and if you ask them the name of one they will in most cases merely reply that it is *yerba* (grass)...

Our idea was first to cross the *cordillera* to Los Llaños, a village on the other side of the island, with a good *fonda*...

Here we lunched in a tiny *venta* tucked away among the rocks...

...we enter Los Llaños —a clean, prosperous-looking place of six thousand inhabitants, with a good *fonda*...

...and far below, flowing down the bed of the *barranco* and dwarfed by distance to a mere thread, is the stream...

Down to this stream level we have to go, and for the next hour we pick our way down a sort of rough staircase that skirts the abyss, our *arrieros* steadying the mules at the deeper drops...

...and why we should come to a *fonda* in La Palma when we could obviously afford to stay at an expensive hotel in Tenerife...

But he would not be baulked in his hospitable intentions, and diving into the depths of his *alforjas* (saddle-bags) he produced a packet of most excellent dried figs, which he insisted on sharing with us.

We saw an old woman dredging up the last bucketful of yellow fluid from the bottom of a large reservoir, for washing purposes, and she told us that on the morrow she and her neighbours would have to sent for water to a *barranco* distant an hour's march for mules.

After him there appeared two young goatherds, carrying *lanzas* (jumping poles) in their hands...

Long before we got to Candelaria we could see its large parroquia (parish church) upon the hillside, but as usual, unsuspected barrancos intervened in weary succession between us and our destination...

Though so large a place, the only *fonda* is primitive in the extreme...

The roof and floor are of *téa* —the hard durable timber in which the ancient Guanches coffined their dead.

Our second *arriero* was in a fit of sulks...

Our men had breakfasted at a *venta* that we passed...

On April the 29<sup>th</sup> we returned to Santa Cruz, quite sorry to leave the little *fonda* at Los Llaños...

...till we reach the *carretera* and are once more on the high road for Santa Cruz.

Even the *arrieros* —accustomed as they are from childhood to these paths— sat down heavily and unintentionally now and then...

even the mournful tootle of the knife-grinder's flute in the street outside seemed associated with the grease-spotted table linen of the *comedor* and the half-witted unshaven Raphael in his dirty jersey.

En algunos casos llama la atención la manera en que se reproducen las voces, como es el caso de las formas *montera* y *pastores*, que aparecen recogidas de una forma curiosa en más de una ocasión:

Here and there we met a peasant wearing the *mantera* —a picturesque head-dress peculiar to the island, resembling a sou'— wester of dark brown wool lined with red flannel.

At last we found a child sufficiently devoid of self-consciousness to act as a model, a small boy wearing a *mantera* was easily caught and placed beside her...

...and wearing the *mantera* —a headdress which, seen from in front, has so much resemblance to the wigs worn by the ancient Egyptians that it seemed to lend to the boys an Egyptian cast of countenance.

Wonderful tales are told of the leaps made by these *pastórs* of the *Caldera*...

They said that accidents very rarely happened, for that the *pastórs* began as quite small boys to learn the use of the *lanza* and so grew expert before they ventured into really dangerous places.

También algunas de las formas toponímicas aparecen escritas de forma particular. Ya hemos visto el caso de El Time, pero también sorprende que nuestra viajera escriba *Los Llaños* en ocho ocasiones. En este caso es más que obvio que se trata de un comportamiento que no procede no procede del uso popular y que constituye un error de la autora. En este sentido conviene señalar que en uno de los capítulos relativos a Tenerife escribe *Icod de los Viños* (66).

Además de la representación textual, Margaret D'Este incluye seis fotografías de su visita a La Palma: «View of S. Cruz de La Palma, taken from the hill above the town», «The stone ship of Our Lady of the Snows», «The hills behind S. Cruz open out into a pretty valley, disclosing a vista of gofio mills occupying a rocky spur», «In the woods of La Palma», «Precipice of El Timé, showing a portion of the pared zig-zag path», «Goatherds of La Palma», y «View taken in the town of Santa Cruz».

A continuación sigue la traducción al español de los dos capítulos que Margaret D'Este le dedica a La Palma, que se reproducen con las ilustraciones correspondientes y se acompañan de varias notas explicativas, que pretenden ofrecer al lector distintas referencias y datos de interés. En relación con las voces insulares que trae el texto original, se recogen de forma correcta y otro tanto ocurre con aquellos sintagmas o frases que son apreciablemente anómalos. El mismo criterio se ha seguido con las formas toponímicas. Se mantienen las unidades de medida que Margaret D'Este utiliza y que son las inglesas características. Recordamos al lector interesado sus correspondencias: milla = 1.609 metros; pie = 30,479 centímetros.

## EN LAS CANARIAS CON UNA CÁMARA

Traducción de  
Francisco Javier Castillo y Fernando Castillo Díaz



View of S. Cruz de La Palma taken from the hill above the town.

### Capítulo XVI

Fondeamos en el puerto de Santa Cruz de La Palma a las 7.30 de la mañana y, tras llegar a tierra en una barca, nos recibió un tipo con cara de imbécil y con un jersey a rayas que nos saludó muy efusivamente con la cabeza y que, después de ponerse nuestro equipaje al hombro, salió caminando sin decir una palabra por la calle principal de la pequeña ciudad con la intención de que lo siguiéramos.

«¿Hablan español?» le preguntaban por el camino a nuestro guía algunos vendedores curiosos.

Rafael, hijo de la mañana, no respondió en ningún caso, sino que apresuró el paso y nos llevó hasta la puerta del Hotel Español, conocido anteriormente, y bajo diferente y mejor dirección, por el nombre de Hotel Aridane.

A mediodía nos llamaron al comedor, donde tomamos asiento, junto con los otros ocupantes de la casa, en una mesa larga y cubierta con un mantel extremadamente sucio. Adornaba el centro de la mesa un jarrón grande de cristal que contenía flores



marchitas en agua sucia y verdosa, y que estaba flanqueado a cada lado por un plato lleno de trozos de rábanos viejos de formación celular. Encabezando la mesa había un cura de ojos azules que se limpiaba los dientes afanosamente, con la tonsura artificial fundida con la natural y creciente que le daba el paso del tiempo. A su derecha se encontraba un hombre grueso de cara grasienta que llevaba una corbata de tartán rojo encendido, con el cuello y los puños de la camisa de celuloide rosa pálido, y a la izquierda de éste estaba un oficial uniformado que lucía unos anillos espléndidos en unas manos con la manicura cuidadosamente hecha, una figura que era bastante imponente hasta que se levantó de la mesa o, para decirlo con toda precisión, se bajó de la silla, porque en ese momento vimos que era tan pequeño que nos recordó el principio de Sidney Smith sobre la longitud adecuada de las piernas de un hombre: «Aunque es difícil establecer una regla exacta, éstas deberían ser en cualquier caso lo suficientemente largas como para llegar al suelo».

Delante nuestro estaban el director del hotel y su esposa, esta última una mujer de tan amplias proporciones que todo lo que en una persona corpulenta corriente se duplicaba, en ella se triplicaba o, incluso, se cuadruplicaba.

Llevaba un camisón ceñido de un corte muy serio. Su único adorno era un collar de perlas enormes que le rodeaba el cuello, y las amplias mejillas mostraban un malva apagado tras las capas de polvos con las que había rebajado su color natural.

Esta señora había sido una belleza en sus buenos tiempos —probablemente estaba aún en la parte buena de los cuarenta— y no había olvidado cómo usar sus magníficos ojos, que era capaz de agrandar y contraer a voluntad con un efecto sorprendente, no muy distinto al de un fogonazo repentino proveniente de la lámpara giratoria de un faro. La expresión habitual de su cara, sin embargo, era de saciedad vacua y de estupidez. Con un gesto de indescriptible repugnancia bajaba lentamente la mirada hacia cada fuente que le ofrecía Rafael y perezosamente —de mala gana, al parecer— pasaba un trozo grande de esta a su plato y allí daba cuenta de ella hasta el bocado más pequeño; de esta forma desaparecieron un plato lleno de sopa, dos huevos, dos albóndigas, tres tajadas de carne, un poco de queso, plátanos y aceitunas, y aun así seguía comiendo con un asco enorme reflejado en las facciones.

Ella había empleado la mañana en pasar suavemente el plumero por los muebles del salón, y con ello daba por terminadas sus labores domésticas en lo que a ese día se refería. Había flores marchitas desparramadas por las mesas y las sillas, manchas mugrientas salpicaban la sucia jarra de leche y la cafetera, y las flores de porcelana que las tazas de té tenían en relieve mostraban capas de polvo que no se había tocado desde hacía semanas. Y por toda la casa imperaba el mismo desaseo.

No sé en qué ocupaba el tiempo esta señora, ya que casi nunca salía de la casa y sin duda no tenía ocupaciones intelectuales. Era una completa inútil cuando se le

pedía cualquier información sobre la ciudad. «Mi marido», decía, encogiendo sus grandes hombros, «mi marido, es diferente. Él es un hombre y sale, pero ¡yo!».

Después de contratar a un chiquillo como guía, bajamos por la calle principal, cuyo nombre —O'Daly— recuerda a los colonizadores irlandeses de tiempos pasados. Nos encontramos alguna que otra vez con un campesino que llevaba puesta una montera, un tocado pintoresco característico de la isla, que se parece a un sueste de lana de color castaño oscuro forrado de franela roja. Mucho menos favorecedor era el tocado de las mujeres, que llevaban sobre los pañuelos un sombrero de paja de ala ancha adornado al estilo Arriet con tul negro gastado y puntas de avestruz. Por primera vez vimos corsas en funcionamiento, hechas toscamente de vigas de pino que se deslizaban con facilidad por encima de las piedras tiradas por una yunta de bueyes. En los escaparates de las tiendas de tejidos se exhibían sedas marrones y blancas de manufactura local, y en una tienda pequeña de ultramarinos encontramos las hermosas cachimbas rematadas en latón con las tapas engoznadas en los cuencos, tal como los isleños las usan.

También en esta tienda compré por trece pesetas un buen cuchillo afilado, en su vaina y con un mango de madera hábilmente incrustado de bronce y hueso, del tipo que cualquier campesino lleva al cinto con fines tan pacíficos como picar las cañas de azúcar, cortar las palas de tunera para los animales de carga o la preparación de su propia comida.

Cada dos tiendas había un estanco, surtido con el tabaco de color marrón oscuro que se cultiva en la isla a partir de semillas de La Habana; nuestra compañera de viaje alabó tanto la calidad de los puros y cigarrillos —cuyos precios, como de costumbre, eran increíblemente bajos— que tuve la tentación de llevarme algunos a casa. No sé si les afectó el viaje por mar, pero el éxito que obtuvieron entre mis amigos fue tal que se los pasé rápidamente al jardinero con el permiso para que se los fumara él mismo o que los empleara para eliminar las moscas verdes del invernadero. En favor del tabaco de La Palma puedo añadir que con posterioridad no se observó mortalidad excesiva entre aquella plaga de insectos.

Frente al Ayuntamiento, con su entrada con arco *logia*, se encuentra la iglesia de San Salvador, cuyo interior parece a primera vista más rico de lo que realmente es, debido a las columnas de yeso pintado y paneles que simulaban herrajes. Sin embargo, posee un techo notable de madera tallada y una antigua y magnífica pila bautismal de mármol, de la que se dice que había venido de Londres hace trescientos años, y esculpida según nos notificó el sacristán con escenas de la vida de San Juan Bautista<sup>15</sup>, un nombre en el que no reconocimos inicialmente a este santo.

<sup>15</sup> [Bautisto en el original.]

Visitamos el pequeño museo de la ciudad, donde nos interesaron mucho las piezas que se habían encontrado de los hauritas o habitantes aborígenes de La Palma.

Los restos humanos, al igual que los de las otras Islas, estaban momificados hasta cierto punto y envueltos en cuero. Dos de los cuerpos, al parecer de jefes, llevaban cascos ceñidos primorosamente hechos de paja atada con tiras de cuero. La mayor parte de esta colección la constituían una caja hecha de la rama hueca de un drago, piedras para moler el gofio, collares hechos de cuentas de cerámica en forma de tubo, cuerdas de cáñamo y algunos magníficos cuencos de loza de barro decorados con líneas labradas, y el director del museo fue tan amable que nos regaló un trozo de *gánigo* o vasija de barro como recuerdo de nuestra visita.

Cuando se enteró que teníamos la intención de cruzar la isla para ver la *Gran Caldera* —el gran cráter de La Palma— nos felicitó con entusiasmo por la iniciativa; «El Pico», dijo, señalando con la mano y con aire condescendiente en dirección a Tenerife, «el Pico es estupendo, pero ustedes encontrarán multitud de picos más elevados; la *Caldera* es la más profunda y grande de todo el mundo».

A la mañana siguiente fuimos a ver los barrancos más próximos en las afueras de la ciudad y encargamos un burro para la señora [King]; digo *encargamos* a propósito, porque la mujer del director del hotel nos dijo que había burros, pero no pareció sorprendida cuando trajeron a la puerta una mula muy vieja.

«Para mí», comentó la señora impasiblemente, mientras permanecía de pie con los brazos cruzados, «para mí, saben, los burros y las mulas pertenecen todos a la misma familia».

En La Palma sólo hay una silla de mujer, que tiene los pomos aplastados, debido a la costumbre de las mulas de arrastrarse por el suelo al tiempo que el jinete se apea. Equilibrada sobre este «cerco peligroso» —nuestra propia silla aún no se había desempaquetado— la señora [King] avanzó de esta forma por la ciudad y en las afueras de ésta, en la desembocadura del cauce seco de un barranco, nos encontramos con una extraña nave de piedra. Éste es el barco de Nuestra Señora de las Nieves, que es como se conoce a una imagen antigua de la Virgen que se guarda en una iglesia más arriba en el lomo. Se la baja de forma solemne a la ciudad una vez cada cinco años, y en estas ocasiones se engalana el barco de piedra por completo y se celebra una gran fiesta, a la que acuden españoles de todas las partes del mundo. La próxima celebración será en abril<sup>16</sup> de 1910, y si en ese momento me encontrara en Tenerife acudiría sin dudarlo a La Palma para presenciar una ceremonia tan curiosa.

<sup>16</sup> [Como se sabe, la celebración de la Bajada se ha trasladado varias veces de fecha a lo largo del tiempo. Cuando se instituye, se estableció que tendría lugar en febrero, en la fiesta y octava de la Purificación de la Virgen. Así se celebró hasta 1850, en que se traslada al domingo segundo de Pascua de Resurrección. Y, finalmente, se traslada al mes de julio.]

Los alrededores de Santa Cruz [de La Palma] —*la Ciudad*, como la llaman los palmeros— son infinitamente más pintorescos que los de cualquier otra población de Canarias. Tras alzarse abruptamente desde la costa, los lomos se abren detrás de la ciudad en un valle bonito, que nos ofrece un paisaje de unos molinos de gofio<sup>17</sup> que ocupan un risco y que están rodeados por una cadena de picos irregulares de color añil, las alturas cubiertas de pinos de la cumbre.



The stone ship of our lady of the snows.

En La Palma sólo hay una carretera, que recorre el lado este de la isla y parte de la costa oeste. Fuimos en carro por esta carretera hasta Mazo, un pueblo que se encuentra a unas doce millas de la capital y nuestro cochero fustigaba a las dos mulas pequeñas, viejas pero voluntariosas, por las vueltas largas y pendientes por las que se sube el lomo que está detrás de la ciudad, hasta que insistimos en que les permitiera avanzar sin más. Son hermosas las vistas desde varios puntos de la carretera; las palmeras altas, que se levantan en solitario o en grupos entre las casas, proporcionan el primer plano del que suelen carecer los paisajes de Canarias.

Unas chovas piquirrojas revoloteaban en bandadas por los campos y profiriendo chillidos estridentes, con los picos largos y las patas de color rojo lacre que las distinguen de las grajas, con quienes las confundimos en un principio.

<sup>17</sup> [Se trata de los molinos de Bellido.]

Los bosques de castaños estaban aún sin hojas, pero todo el campo estaba lleno de las flores de los huertos de duraznos, ciruelas, peras y cerezas por los que pasábamos. El lirio blanco florentino crecía abundantemente en los campos y al borde del camino, en compañía de arbustos de doble geranio y masas de una bonita cineraria silvestre de aspecto viejo con el centro de color púrpura oscuro y los pétalos rosa pálido, sin duda una de las flores silvestres más hermosas que había visto.

Los palmeros tienen en muy baja estima a las flores silvestres, y si les preguntas el nombre de alguna, en la mayoría de los casos responderán que se trata de *yerba*, y que los burros la comerán o no, como puede ocurrir.

Sienten, sin embargo, un amor singular por las flores cultivadas, que es poco común en los campesinos del sur, y el campesino más humilde logra los claveles, las fucsias, las fresias y los geranios más hermosos en latas viejas de petróleo, cazuelas, y sartenes rotas colocadas alrededor de la puerta de la casa. Advertimos la misma pasión por las flores entre los habitantes de Gran Canaria, donde recuerdo ver en una ocasión una colonia floreciente de pensamientos que crecían en latas oxidadas de sardinas.

Nos detuvimos en el borde de la carretera para almorzar y nos instalamos cómodamente entre las jaras, los helechos y las altas hierbas de San Juan<sup>18</sup>. El conductor nos consiguió una botella de agua en la casa más cercana, pero estaba tan llena de criaturas vivas que nos abstuvimos de beberla y quedó sobre las naranjas que habíamos llevado con nosotros. En una mirada casual en dirección al mar divisamos de repente el Pico; no se veía nada de Tenerife, pero el Pico de Teide<sup>19</sup> —el Pico del Infierno, tal y como la gente de La Palma lo llama siempre— aparecía en el horizonte descansando sobre un banco de nubes como una concha de lapa de color gris cubierta de nieve y se veía increíblemente elevado. Aquello fue memorable al ser la última vez que contemplamos el Pico; no sé decir si lo habíamos desairado imperdonablemente en La Laguna, pues posteriormente en Gran Canaria lo buscamos con ansia pero no volvió a mostrarse ante nuestros ojos.

En el camino de vuelta paramos en el pueblo de Breña Baja y, con la valentía que en ocasiones hace presa de uno en una localidad completamente extraña, expresamos el deseo de fotografiar el traje canario antiguo del que el libro guía decía: «Todavía lo llevan las personas de este término». No habíamos visto absolutamente a nadie que

<sup>18</sup> [Es el *Hypericum perforatum* L.]

<sup>19</sup> [Obsérvese que Margaret D'Este escribe *Pico de Teide* y no *Pico del Teide*, que es la fórmula actualmente en uso y que es relativamente moderna. Si acudimos a la documentación más temprana vemos en todo momento *Pico de Teide*. El 14 de marzo de 1515 la Corona hace merced a los licenciados Luz Zapata y Ortún Ibáñez de Aguirre de los metales y minerales descubiertos y por descubrir de la Sierra de Teide, Montaña de Armajén y demás lugares de Tenerife. También los autores del siglo XVI lo recogen así: Torriani, caps. XLIX, LI, LII y LXVI; Espinosa, lib. I, caps. 2 y 5; Abreu Galindo, lib. II, cap. 18, y lib. III, caps. 1 y 20.]

llevara algo que se aproximara a un traje, pero cuando paramos el carro un puñado de vecinos se congregó en torno a nosotros y les explicamos en nuestro mejor español lo que estábamos buscando.



“The hills behind. S. Cruz open out into a pretty valley, disclosing a vista of gophio mills occupying a rocky spur”.

Al principio tan sólo nos observaron en silencio, pero luego un hombre con aspecto inteligente asumió el rol de portavoz del grupo y se giró hacia los otros para preguntarles si sabían algo sobre el traje del país o traje de fiesta, por el que las señoras preguntaban.

Todos negaron con la cabeza y las frases que habíamos pronunciado pasaron de boca en boca con una solemnidad digna del coro de una ópera cómica.

Llamaron al vecino de más edad, que se tambaleaba sobre unas muletas y, señalando con una mano trémula al libro guía inglés que estaba en mi poder, insinuó que le gustaría ver primero lo que en él se decía sobre el tema. Estudió detenidamente la página —que era poco menos que griego para él, puesto que aseguró que nunca había aprendido a leer— nos devolvió el volumen, y saludando con la cabeza al portavoz le comunicó que lo que las señoras decían sobre un traje antiguo era cierto, puesto que aparecía en papel impreso.

Estimulado a hacer nuevos esfuerzos, nuestro amigo envió a una niña a la casa vecina, de donde salió luego, llevando una blusa de seda rosa brillante, una falda azul, un collar de cuentas de cristal y un sombrero adornado con plumas de avestruz. «¡Señora!», exclamó el hombre triunfalmente, llevando hasta la cámara a la niña cuyas mejillas estaban blancas con polvos de perla. «¡He aquí el traje de fiesta!».

No queríamos desilusionarlo, pero nos vimos obligadas a explicarle que aquello no era lo que buscábamos.

El asunto parecía perder toda esperanza y cuando nos proponíamos a abandonar la empresa, una mujer que se había sumado a los congregados dijo de repente que ella tenía en la casa un sombrero de mucha antigüedad. Le rogamos que nos dejara verlo, y cuando volvió, trayendo con ella lo que parecía el sombrero de marinero de una muñeca hecho con fibra de palma, sentimos que por fin andábamos en el buen camino.

Cuando vieron el sombrero, la perplejidad y la pasividad de los que intentaban ayudarnos desapareció como por arte de magia; un largo «¡Ahh!» de comprensión salió de los que allí estaban, y en un momento se envió a media docena de niños que salieron corriendo en diferentes direcciones, mientras unas voces estentóreas se desgañaban mandando mensajes en dirección a las casas aisladas del pueblo. La colección entera de prendas anticuadas que se pudo recoger allí sumaba poco más que un traje completo de chica, y encontramos cierta dificultad para persuadir a alguna de las pequeñas doncellas presentes para que se pusiera el justillo con el lazo carmesí, la falda corta y amplia y el sombrero pequeño y absurdo que se debe poner en la parte alta del ojo. Algunas de las chicas eran demasiado tímidas para disfrazarse en público, otras se negaban a que las fotografiaran descalzas y querían volver a casa y ponerse las botas de domingo, mientras que a otras les hacía tanta gracia imaginarse qué aspecto tendrían con un vestido tan pasado de moda que se partían de risa.

Finalmente, encontramos a una chica lo suficientemente desprovista de timidez como para hacer de modelo; pillamos con facilidad a un niño pequeño que tenía puesta una montera, lo colocamos detrás de ella y sacamos una foto que sería la última imagen tomada del vestido antiguo de los campesinos de La Palma<sup>20</sup>. La mujer a la que pertenecía el sombrero dijo que el traje del que formaba parte se había extinguido en Breña Baja hacía veinte años o más.

El regreso a Santa Cruz [de La Palma] fue realmente emocionante, puesto que es una cuestión de etiqueta para el Jesús<sup>21</sup> local conducir con furia —con fuertes restallidos del látigo— por las vueltas cerradas que hay en los alrededores de la ciudad, sin prestarle atención al riesgo de volcar el carro; sujetamos todas nuestras pertenencias con correas y cuerdas, nos anclamos en los asientos con la mayor firmeza posible y en las curvas del camino hacíamos lo que podíamos para mantener la victoria, tirando hacia dentro como si fuéramos en un trineo. Una vez dentro de la ciudad la velocidad incluso aumentó, y pasábamos sobre las piedras a galope tendido, mientras nuestro conductor miraba por encima del hombro de vez en cuando para comprobar si aún seguíamos en el carro.

<sup>20</sup> [Lamentablemente esta fotografía no se encuentra entre las que se reproducen de La Palma.]

<sup>21</sup> [Jesús fue uno de los hijos que Esaú tuvo de Olibama, una de sus tres mujeres. Véase *Génesis*, 36.]

No hacía falta una Casandra para prever un accidente, y muy pronto, cuando tratábamos de girar en la esquina de una calle, nos estrellamos contra una casa y el extremo del palo salvó a la mula más próxima de acabar aplastada contra la pared. Ligeramente abatido, el conductor se incorporó, se alejó del suelo y por último nos llevó, temblorosas pero ilesas, hasta la puerta del hotel.

No sé decir si se debió a este tipo de agitación o a la aborrecible cocina del Hotel Español, pero la señora [King] sacó un fuerza sorprendente, puesto que tres días después de que llegáramos a la isla se sintió capaz de empezar una expedición de varios días a lomos de una mula.

Nuestro plan consistía en primer lugar en atravesar la cumbre hasta Los Llanos, un pueblo situado al otro lado de la isla, con una buena fonda, y tomando este lugar como punto de partida visitar la Gran Caldera en nuestro tiempo libre; pudimos alquilar dos mulas buenas para montar, y el hecho de tener nuestra propia silla de montar hizo que la marcha tuviese una cierta comodidad; llevamos con nosotros al propietario de las mulas, José María, y a un tipo joven y vago al que un jardinero de Sussex hubiera descrito como un cantamañanas, y que era el encargado de cuidar del animal de carga. Avanzamos lomo arriba entre bosques de laureles y brezos, al tiempo que las maletas recibían raspaduras de las piedras a cada lado del camino, y en tres horas llegamos al paso de la Cumbre Nueva, a 4750 pies sobre el nivel del mar<sup>22</sup>.

Aquí almorzamos en una pequeña venta oculta entre las rocas, y mientras el anciano que estaba al cargo encendía un fuego para calentar la olla, arrastraba y limpiaba un banco para que nos sentáramos, revolvimos un armario y cogimos una colección variada de comestibles: una lata de sardinas, conserva de guayaba, un sólo huevo, media docena de galletas y algunos plátanos; se encontraron en el suelo un par de platos y cuchillos y se le mandó a un niño pequeño que estaba descalzo y acurrucado en una manta que echara a los gallos y las gallinas que estaban debajo de la mesa. Tan pronto como los hizo salir fuera por una puerta se metieron corriendo debajo del mostrador de la habitación contigua y volvieron a aparecer por la parte trasera, así que sentimos que estábamos sentados en un círculo continuo de aves de corral escurridizas.

Nos dijeron que no había ni pan ni café para tomar hasta que Pepe volviera del mercado; si traía pan, habría pan, y si era café, habría café. Pero Pepe se retrasaba, y nuestros gritos llamándolo ladera abajo no lograron respuesta alguna. Sin embargo, el anciano nos aseguró, mientras nos íbamos, que tendríamos todo bien dispuesto cuando regresáramos a Santa Cruz [de La Palma] y que no sólo encontraríamos café, sino también leche con la que acompañarlo.

<sup>22</sup> [Olivia Stone da 4.300 pies, recogidos por su propio aneroide. En otras fuentes de la época encontramos distintas mediciones. Carballo Wangüemert recoge 4.964 pies y Arribas y Sánchez da 4.294 pies.]





In the pine woods of La Palma.

Durante las tres horas siguientes descendimos por el lomo. Avanzamos a través de claros de pinos espléndidos antes de alcanzar el pueblo de El Paso, donde el aire se hacía pesado con el aroma del azahar. Seguimos bajando, bajando y siempre bajando, ahora siguiendo por un camino empedrado entre paredes altas, hasta que a las cuatro llegamos a Los Llanos, una población de aspecto limpio y próspero, con seis mil habitantes y una buena fonda que llevaba el ex propietario del hotel en el que nos habíamos quedado en Santa Cruz [de La Palma].

Apenas se podía imaginar mayor contraste que el que se daba entre las dos casas; las habitaciones de Los Llanos estaban maravillosamente limpias, la cocina era excelente y el director, el alma de la cortesía y la generosidad.

Durante las primeras veinticuatro horas de la estancia nuestros sentimientos se tornaron en angustia debido a unos episodios intermitentes de lamentos agudos bajo las escaleras, que procedían como suponíamos, del perro pequeño de José, *Gentil*, encerrado y separado de su amo; al final no pudimos soportarlo más y fuimos a suplicar que dejaran al pequeño y fiel perro salir fuera. El director pareció confundido y nos dijo que por lo que él sabía el perro no estaba en la casa, y que posiblemente lo que las señoras habían tomado por sus aullidos era en realidad el sonido de la puerta de la calle al abrir y cerrarse, que ciertamente crujía un poco. Le dijo a Antonia, la criada, que bajara con una botella de aceite y una pluma, y a partir de ese momento los gemidos de *Gentil* cesaron.

## Capítulo XVII

A la mañana siguiente nos levantamos temprano con la intención de visitar la Gran Caldera; la hora local marcaba las cinco en punto, y cuando miramos por las ventanas cuál fue nuestra decepción al ver el cielo cubierto y las cimas de las montañas envueltas en nubes. Los turistas no pueden elegir el tiempo que quisieran, así que salimos con el consuelo de que por lo menos existía la misma posibilidad de que el día mejorara o que empeorara.

Las tres horas de viaje siguientes fueron las más duras que habíamos pasado hasta entonces, que ya es decir. Al llegar al borde del risco más cercano, uno baja la mirada hacia el Barranco de las Angustias, un barranco tan enorme que casi se podría llamar valle si no fuera por la naturaleza escarpada de sus laderas. Enfrente nuestro, en el lado más alejado de la sima, una pared escarpada de lava negra, el risco del Time, se eleva a setecientos pies de altura, y más abajo, corriendo por el fondo del barranco y reducido por la distancia a un mero hilo de agua, se encuentra el río que corre desde la base de la Caldera, el único río de dimensiones respetables que vimos en las Canarias.

Teníamos que bajar al nivel de este río, y durante la hora siguiente descendimos por una especie de escalera desigual que bordea el abismo, y en las partes más profundas los arrieros sujetaban a las mulas colgándose de los rabos y actuando como contrapeso.

Las cruces de madera colocadas aquí y allá a lo largo del camino no señalan, tal y como pensábamos en un principio, los puntos en los que algunos viajeros perecieron de camino a la Caldera, sino que se trata simplemente de las habituales cruces de los caminos, sólo que en un número bastante inusual; le preguntamos a José María por qué algunas de ellas estaban recubiertas de tela. «Costumbre del país», respondió y añadió ingenuamente, «¿entonces no tienen ustedes cruces en su país?».



Precipice of El Timé, showing a portion of the faved zigzag path.

Por fin llegamos al fondo y, después de cruzar el lecho del barranco y el pequeño río cuya agua llegaba hasta la rodilla, las mulas alcanzan el otro lado y comienzan la larga, aparentemente interminable, subida que nos va a llevar a un punto desde el que podremos ver el interior de la Caldera. Cada vez que rodeamos un contrafuerte de los riscos pensamos que debe tratarse del último, y cada vez vemos uno nuevo delante de nosotros. Una cabaña solitaria o una terraza de cebada aquí y allá dan fe de la presencia de vida humana en estas soledades, pero durante la marcha no vimos ni un hombre ni una bestia.

Encontrarse en estos estrechos senderos con un grupo de mulas cargadas no está exento de peligro y en una ocasión, por suerte en un punto no especialmente peligroso, la mula que yo montaba fue arrastrada hacia atrás un cierto espacio antes de que su grupa se pudiese soltar de la carga de una mula que pasaba y en la que se había trabado. Y un amigo nuestro tuvo un desagradable accidente de forma muy parecida; su brida se quedó trabada en el palo curvo que apretaba la cincha de una mula de carga, haciendo que ambas bestias se asustaran y después de una pugna por caerse, el jinete escapó con un corte en la cara y una muñeca bastante torcida.

Ahora llevábamos cabalgando más de tres horas y el calor del sol estaba dispersando rápidamente las nubes, de modo que a la hora que llegamos al mirador la gran Caldera permanecía perfectamente visible ante nosotros bajo un cielo de azul radiante.

Si no supiéramos que íbamos a ver un cráter, no creo que hubiésemos reconocido como tal esta inmensa depresión entre las montañas, que mide unas cuatro millas de diámetro y que tiene forma circular con picos desnudos y grises a seis o siete mil pies de altura. Los aborígenes de La Palma solían afirmar que el Pico de Tenerife había sido lanzado de esta Caldera y que había volado sobre el agua hasta su posición actual<sup>23</sup>, y sin duda alguna una gran parte del Pico se podría colocar boca abajo en la Caldera sin llenar la enorme cavidad. El fondo de la depresión y las laderas más bajas de los lomos que llenan sus lados están cubiertos de pinares, y las resbaladizas agujas de los pinos, junto con la excesiva pendiente del terreno, hacen que desplazarse sea tan difícil que nos quedamos donde estábamos y tomamos un largo descanso en la cálida ladera, mientras que un pájaro nos cantaba la primavera en un pino por encima de nosotros.

José María nos dijo que, disponiendo de tiendas, era posible acampar con comodidad en el fondo del cráter y que él una vez había pasado dos semanas allí con un señor alemán que dedicó el tiempo a recoger piedras; él también había oído de una señora inglesa que estuvo sola durante una semana en una cueva cercana a donde ahora nos encontrábamos con el objetivo de hacer dibujos de los árboles.

La pasión por pasar incomodidades a cualquier precio que él observaba en los extranjeros acomodados constituía un misterio inexplicable para el simple José, cuyas metas siempre habían estado en la dirección de procurarse los lujos humildes que estuvieran a su alcance. Nosotras quizás no le parecíamos tan excéntricas como otros viajeros, pero el por qué deseábamos subir hasta las cimas de las montañas cuando

---

<sup>23</sup> [De ahí el título tradicional de molde o crisol del Teide que se le ha dado a La Caldera y que recogen algunas fuentes. Véase Arribas y Sánchez, pp. 197, 198. También Edwardes se hace eco de esta tradición. En cualquier caso no creemos que se trate de una tradición de los aborígenes, sino generada en época histórica.]

no teníamos ninguna necesidad y el por qué habíamos venido a una fonda de La Palma cuando obviamente nos podíamos haber quedado en un hotel caro de Tenerife, éstas eran cuestiones que José aceptaba, pero no podía esperar encontrarles una respuesta.

En el regreso a Los Llanos fui a pie una buena parte del trayecto, y solamente me di cuenta de lo pendientes que eran algunas partes del camino que habíamos bajado por la mañana cuando al intentar subirlo me caí de cuatro patas en el vano esfuerzo de andar sobre las piedras resbaladizas. No me puedo imaginar cómo es posible que unas mulas herradas fijen las patas en estas tremendas cuestas y lleven a una persona en el lomo; de hecho, casi todos desmontan y siguen a pie las peores partes del camino, tanto en la subida como en la bajada, porque no sólo es más seguro sino también más cómodo.

El día siguiente, 27 de abril, salimos de Los Llanos en dirección a Tijarafe, un pueblo al norte del risco del Time, donde esperábamos disponer de camas para pasar la noche.

Tras cruzar de nuevo el Barranco de las Angustias, esta vez más cerca del mar, nos vimos al pie del imponente risco del Time; es asombroso que en algún momento haya surgido en la mente humana hacer un camino a través de esta muralla levantada por la naturaleza. Impone un poco cuando alzas la vista y se ve el camino en zigzag que se ha abierto como una pequeña senda que las hormigas han hecho en la cara del precipicio; todo el camino está empedrado y las vueltas de los zigzags son tan abruptas que la mula que va delante a menudo se encuentra en un punto que está perpendicular sobre su compañera que empuja sobre sus talones.

Cuando estábamos a medio camino de la subida nos tropezamos con un campesino que llevaba una vaca; todos los isleños son manifiestamente escrupulosos en saludarse con un «buenos días» o «buenas tardes» de acuerdo con el momento del día, pero este hombre no se limitó a esto e insistió para que tomáramos un poco de vino del barril diminuto que le colgaba del hombro; su sorpresa fue grande cuando le dijimos que nosotras no tomábamos vino. «¿Es posible?» exclamó él.

Él no se desanimó en sus deseos de ser hospitalario y, tras buscar en las profundidades de sus alforjas, sacó un paquete de higos secos, de excelente calidad, que insistió en compartir con nosotros. Para cualquiera que se dirige de uno de los pueblos hacia el norte del Time, como era el caso de este campesino, resultaba bastante incomprensible que no tomáramos vino, porque los bebedores de agua tendríamos en aquella zona bastantes dificultades; las fuentes son muy escasas en esa parte de la isla y el agua de que dispone la población depende casi enteramente de la de la lluvia, que se recoge con cuidado en tanques cubiertos y que está llena de animalitos e impurezas.

Vimos a una anciana sacando el último balde de agua amarilla del fondo de un tanque grande para lavar, y nos dijo que a la mañana siguiente ellas y sus vecinas tendrían que mandar a por agua a un barranco que estaba a una hora de marcha en mula.

En lo alto del risco del Time hicimos una parada amplia de mediodía a la sombra de una roca grande.

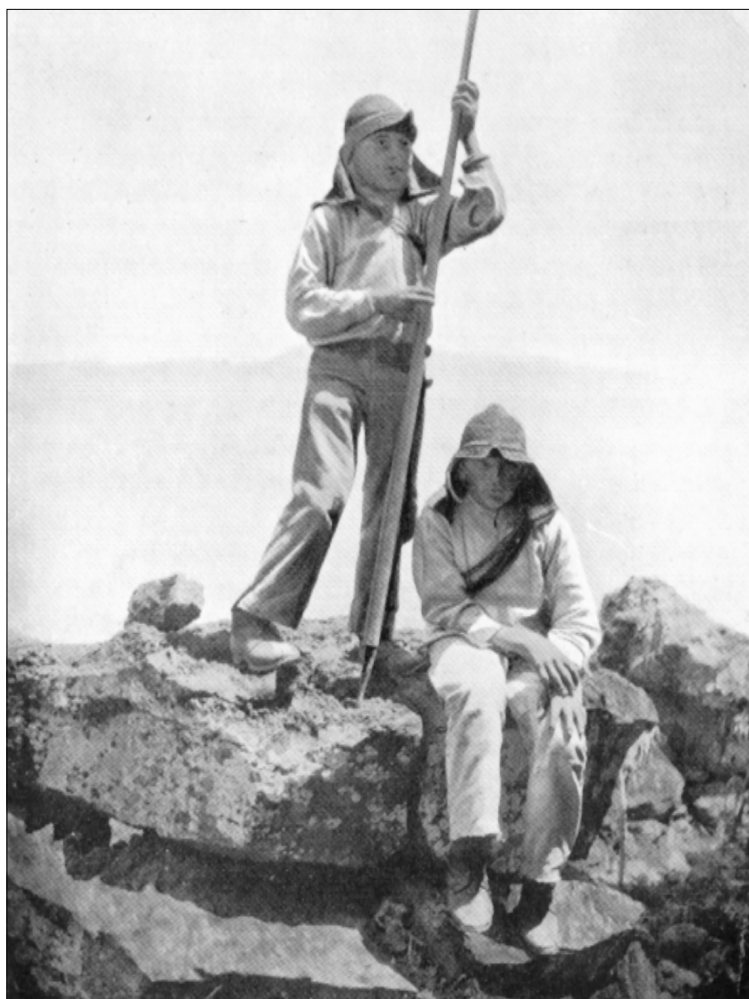
Los lagartos salían de los huecos y nos miraban con ojos cristalinos que no pestañeaban mientras estábamos sentados almorzando; les tiramos un hueso de pollo, y en un instante media docena de ellos lo habían cogido, peleándose y sacudiéndose, y arrancando pequeños trozos de carne y piel como si fueran una manada de cocodrilos hambrientos. Al final, un lagarto negro y grande —que había adoptado el color protector de la lava con tanto éxito que era más bien un trozo de ceniza carbonizada que un animal vivo— se llevó el hueso de la disputa a un agujero, dejando a los otros fuera lamiéndose los labios con las lenguas rojas.

A continuación vino un cuervo grande, que nos contemplaba desde una roca cercana y que luego, de repente, se lanzó al abismo como si le hubiera dado por suicidarse, cayendo como una piedra unos mil pies antes de que se enderezara y saliera volando hacia otra parte. Después de él aparecieron dos cabreros jóvenes, que llevaban lanzas<sup>24</sup> en las manos y en la cabeza la montera, un tocado que visto de frente se parece tanto a las pelucas que usaban los antiguos egipcios que parecía darle a los chicos un semblante con aire egipcio.

Se cuentan cosas asombrosas de los saltos que hacen estos pastores de la Caldera, que saltan de roca a roca con tanta ligereza como las cabras que ellos cuidan, y que no le dan importancia a lanzarse hasta una piedra a quince pies por debajo de ellos, amortiguando el golpe al asegurar en la tierra la punta de la lanza guarnecida de hierro en el momento de tocar tierra. Cuentan además que un hombre ofreció como apuesta saltar desde el tejado de una iglesia de Santa Cruz [de La Palma], pero la historia no recuerda si la apuesta se hizo o cuál fue el resultado.

Los dos chicos nos hicieron una breve muestra de sus habilidades, aunque admitiendo que no eran experimentados; lo que me llamó particularmente la atención fue la facilidad y rapidez con la que se arrojaban, de una forma parecida a las arañas, de roca a roca con la ayuda de las lanzas, o se encaramaban en un abrir y cerrar de ojos a la parte alta de una pared de piedra de seis pies. Dijeron que rara vez sucedían accidentes, porque los pastores empezaban a aprender el manejo de la lanza desde que eran niños pequeños y de esta forma ya tenían experiencia antes de aventurarse a lugares realmente peligrosos.

<sup>24</sup> [La denominación de este útil tradicional varía de una isla a otra: *lata* y *garrote* en Fuerteventura y Lanzarote; *lanza* y *garrote* en Gran Canaria; *lanza* y *astia* en Tenerife; *astia* en La Gomera; *asta* en El Hierro; y *lanza* en La Palma.]



Goatherds of La Palma.

Ocasionalmente, sin embargo, uno de ellos resultaba muerto, justo como cuando una cabra paga el tributo de su falta de cuidado y termina despedazada al pie de algún risco donde nadie la encuentra salvo los cuervos. Mucho antes de que llegáramos a Candelaria pudimos contemplar la parroquia sobre el lomo pero, tal y como era habitual, unos barrancos inesperados se interponían en sucesión agotadora entre nosotros y nuestro destino, y no fue hasta ya avanzada la tarde que entramos en aquel pueblo diseminado de cuatro mil habitantes. Aunque la localidad es grande, la única fonda es muy primitiva y para la cena no había ni pescado ni carne ni ave.

Después de ver un gran cartel colgado en la tienda por la que habíamos entrado, que decía en inglés «Pat-a-cake biscuits. We have them», dijimos que tomaríamos algunas galletas; pero el posadero sólo movió la cabeza y parecía que nunca había oído

hablar de tales cosas. En ese momento el sonido de personas comiendo sopa llegó a nuestros oídos y le dijimos que nos sirviera lo que se estaba sirviendo en la cocina; no sé si ellos estaban cenando realmente salmón de lata, sopa, queso de cabra y tunos, pero ése era el menú que nos presentaron, poco después de discutir que habíamos tenido que bajar una escalera y cruzar el patio de atrás para llegar a las camas.

Aquí las moscas eran peores que las que habíamos visto desde que llegamos a Santa Cruz en diciembre<sup>25</sup>; se congregaban en densos pegotes negros en los tejados, las paredes, las toallas y las colchas y nos despertaron al amanecer con su zumbido intenso.

Mientras se preparaba el desayuno cruzamos la calle y entramos en la iglesia, que tiene un magnífico retablo de madera tallada del siglo XVI, el techo y el piso son de tea, la madera dura e imperecedera en la que los guanches enterraban a los muertos<sup>26</sup>. Antes de la puerta de poniente hay un banco de piedra de aspecto singular, cubierto, tanto el asiento como el respaldo, con losetas de porcelana que tenían números, las que quedaron después de numerar las casas del pueblo; no es un banco cómodo para descansar porque resulta difícil resistirse mentalmente a sumar un imaginario resultado de bridge.

El viejo sacristán se acercó a la fonda a vernos partir, y nos despidió con bendiciones y apretones de mano mientras que el cura nos deseó feliz viaje y como regalo de despedida nos dio una lámina enmarcada de la Virgen de la Candelaria, una imagen de madera de gran antigüedad y poder.

Nuestro segundo arriero estaba de mal humor porque yo le había prohibido que colocara una tira de tejido verde debajo de mi maleta de lona cuando estaba cargando la mula del equipaje; a él le tenían sin cuidado las manchas en la maleta y decía que la carga podía no estar segura si se movía el forraje, probando su criterio con paradas para reajustar la carga cada media hora de la marcha. La bajada del Time fue peor que lo que había sido la subida, si es que esto era posible, y sin duda alguna fue mucho más difícil para las mulas, que una y otra vez se resbalaban hasta los corvejones al intentar el camino pendiente; en un punto la mula de la señora [King] metió una de las patas traseras en un agujero entre dos piedras, y una bestia nerviosa o sin experiencia podía asustarse mucho; pero después de unos tirones sin resultado positivo, la mula consiguió liberar la pezuña y continuó con cuidado la marcha.

«¡Pobre bestia! Sufre mucho», dijo José, refiriéndose a la cara nerviosa de la mula que parecía saber cuáles podían ser las consecuencias de un mal paso.

<sup>25</sup> [Recuérdese que nuestra viajera llega a Santa Cruz de Tenerife el 13 de diciembre de 1908.]

<sup>26</sup> [Esta afirmación arroja algunas dudas sobre el conocimiento que Margaret D'Este tenía de las características del enterramiento de los naturales.]



Nadie, añadió José, ha bajado El Time a lomos de una bestia, y yo, que iba a pie, estaba de acuerdo con él en que cualquiera que pudiera bajar caminando no elegiría quedarse en la silla.

Los hombres habían desayunado en una venta por la que habíamos pasado. Cada uno de ellos había comprado un pan, le habían quitado la miga y le pusieron dentro un vaso de vino tinto, y se iban comiendo la corteza empapada en vino mientras andaban, y empezaron a cantar improvisando una especie de canto antifonal mientras bajaban El Time, haciéndolo en turnos<sup>27</sup> y gritando hasta que los riscos devolvían el eco. Cuando llegamos por fin al fondo pasamos por un campo de caña de azúcar que estaban cortando, y tras seguir a las mulas que llegaban cargas de ella arriba en la ladera de enfrente, visitamos la fábrica de azúcar antes de regresar a Los Llanos.

Tras entrar, inspeccionamos los grandes tanques de jugo hirviendo y las máquinas en las que el azúcar se secaba y cristalizaba con centrifugado. Todos y todo en la fábrica estaba pegajoso del azúcar, pero curiosamente no se veía ni una mosca.

Aunque se cultiva y fabrica en la isla, el precio del azúcar en La Palma, debido a las medidas protectoras de las importaciones de Cuba, se mantiene a seis peniques la libra. Le comenté a José —que al tiempo que nos esperaba le estaba dando de comer a las mulas los trozos gruesos de color rosa y amarillo que se habían desechado— que en Inglaterra podíamos comprar el azúcar de más calidad a dos peniques y medio. «¡Caramba!», exclamó, «la caña debe darse bastante bien en Inglaterra».

El 29 de abril regresamos a Santa Cruz [de La Palma], lamentando mucho tener que dejar la pequeña fonda de Los Llanos, que por su limpieza, precio módico y liberalidad, se puede comparar favorablemente con cualquiera de las de Canarias.

No cogimos el camino que pasa por la Cumbre Nueva y que era por donde lo habíamos hecho en la ida, sino que, desviándonos hacia el sur, cruzamos la cordillera dorsal de la isla por la Cumbre Vieja, un trayecto más fácil pero más largo. Tras dejar atrás la colada de lava que se encuentra más allá de Los Llanos<sup>28</sup>, que se había esparcido sobre el terreno al igual que un tintero puesto boca abajo, seguimos en primer lugar un camino agradable que cruzaba los pinares y luego subimos a través de escoria volcánica y montículos de ceniza hasta el paso, una estrecha degollada entre elevaciones de arena. A partir de este punto comienza una cuesta interminable hasta la costa; descendimos a través de la bruma, y el camino da una vuelta y otra entre los bosques que revisten la ladera de la montaña, hasta que llegamos a la carretera y nos encontramos una vez más en la carretera que lleva a Santa Cruz [de La Palma].

<sup>27</sup> [Da la impresión de que se trata de un romance con responder.]

<sup>28</sup> [Benigno Carballo Wangüemert, *Las Afortunadas*, cap. IX, nos deja una interesante descripción de estos terrenos cubiertos por la lava y la escoria eruptiva.]

Toda la zona estaba alfombrada con las flores de los frutales y poco después la isla debía convertirse en otro paraíso para el que le gusta la fruta como lo es Tasmania, porque durante varias millas pasamos por huertos de peras, duraznos, cerezas, ciruelas, almendras, nísperos, naranjas, moras, higos y castañas.

Nuestro recorrido terminó con una bajada larga y agotadora hasta la ciudad a través del camino de herradura. Cuando vi lo pendiente que era el camino empedrado bajé de la mula y decidí seguir a pie, pero tuve bastante dificultad para no caerme porque el tráfico de siglos había hecho a las piedras tan resbaladizas como el cristal. Incluso los arrieros, acostumbrados como están a estos caminos desde la infancia, de vez en cuando se caían de culo pesadamente, diciendo exclamaciones al tiempo que se le resbalaban los pies; y por lo tanto no me sorprendió mucho que después de los dos primeros pasos me encontrara en el suelo boca arriba y bajando en esa posición y a gran velocidad hacia Santa Cruz [de La Palma].

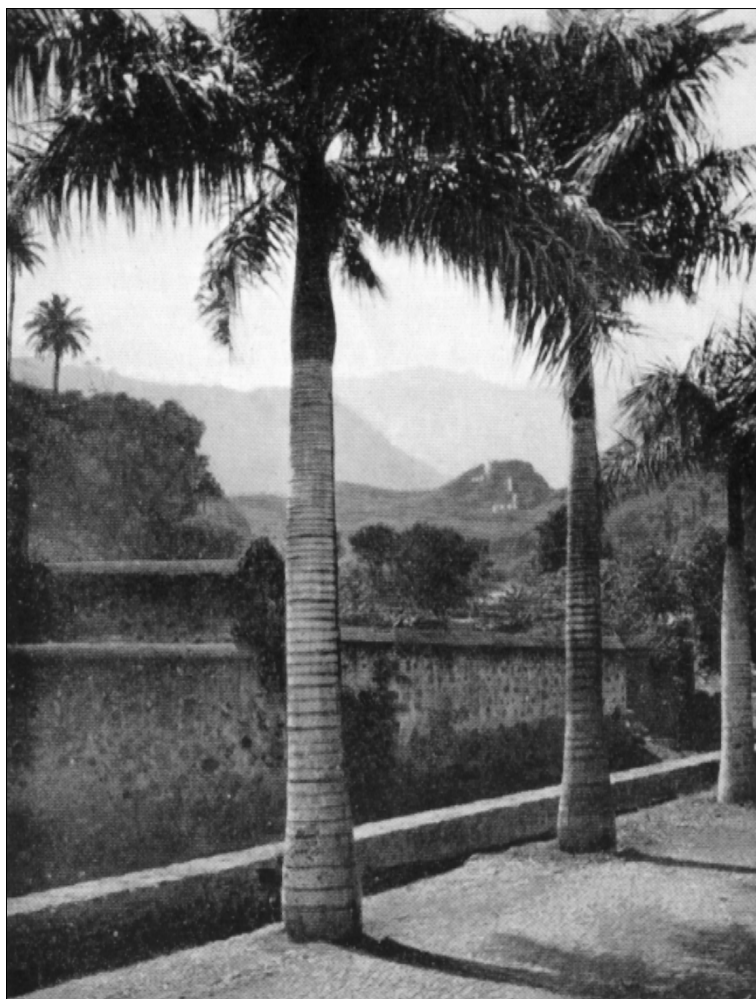
Tengo que confesar que nuestro buen humor se esfumó cuando llegamos de nuevo al Hotel Español; incluso el sonido triste de la flauta del amolador afuera en la calle parecía asociado con el mantel manchado de grasa de la mesa del comedor y con el retrasado de Rafael con su jersey sucio.

En el tiempo que estuvimos fuera, nuestras habitaciones habían recibido una limpieza parcial, pero las toallas —que evidentemente nadie había reemplazado— estaban unidas a la pared por gruesas telas de araña. La mujer del director no se encontraba de muy buen humor, y cuando al final de la cena pedimos leche para ponerle al café, Rafael, con una mirada previa a la cara de ella, nos informó en un aparte sonoro que esa noche no había leche, porque uno de los señores —señalando a uno de los hombres sentados a la mesa— tenía *mal de estómago*<sup>29</sup> e iba a necesitar un vaso lleno antes de irse a la cama.

En nuestra ausencia había llegado un nuevo visitante en la persona de una alemana encargada de escribir una serie de artículos sobre las Canarias para el *Kölnische Zeitung*; sólo disponía de tres días para dedicarle a la isla, pero en ese tiempo se las arregló para ver no sólo los alrededores de Santa Cruz [de La Palma], sino que visitó la Gran Caldera montando durante diez horas en una silla atada lateralmente con correas —como un asiento trasero— a una silla de hombre, y cuyo balanceo la mareaba mucho. A pesar de todo el cansancio y las incomodidades, ella, al igual que nosotros, estaba encantada con la isla, que —con la excepción quizá de La Gomera, mucho más desconocida— es sin duda la más hermosa de las Canarias<sup>30</sup>, y con una

<sup>29</sup> [Se trata a todas luces de un caso de úlcera gástrica.]

<sup>30</sup> [Nuestra viajera, que no se traslada a La Gomera, parece tener en cuenta la opinión que Olivia Stone tiene a este respecto: «After Gomera, Palma is the most beautiful island. Indeed, one is sometimes doubtful as to which is the more lovely, but one generally ends in deciding that Gomera is the «gem of the ocean». Its beauty is more minute than that of Palma. It, however, cannot boast the magnificent scenery which Palma possesses in and around the Caldera».]



View taken in the town of Santa Cruz.

buena fonda en Santa Cruz [de La Palma] se podría convertir fácilmente en un destino atractivo para algunos de los turistas que llegan a Tenerife en invierno.

Encontramos que uno de las principales características del clima de La Palma es la falta de viento, que para entonces ya habíamos asumido como un elemento inseparable de la vida en las Canarias.

La mala comida y las jornadas a lomos de una mula no parecen ser el tratamiento ideal para alguien que se recupera de un severo ataque de gripe, pero cualquiera que fuera la causa, nuestra estancia en La Palma había maravillado a la señora [King], y con el corazón apenado, la noche del 1 de mayo, volvimos a embarcar en el *León y Castillo*, con rumbo a Gran Canaria, donde íbamos a pasar las últimas semanas de nuestra estancia en las Islas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ DELGADO, Juan (1941): *Miscelánea guanche*, Santa Cruz de Tenerife.
- ARRIBAS Y SÁNCHEZ, Cipriano de (1900): *A través de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife.
- BARROW, John (1806): *A Voyage to Cochinchina, in the Years 1792 and 1793*, Londres: T. Cadell and W. Davies.
- BERTHELOT, Sabin (1839): *Miscellanées canariennes*, en P. B. Webb y S. Berthelot, *Histoire Naturelle des Iles Canaries*, tomo I, 2.ª parte, París: Bethune.
- (1842): *L'Ethnographie et les Annales de la conquête*, en P. B. Webb y S. Berthelot, *Histoire Naturelle des Iles Canaries*, tomo I, 1.ª parte, París: Bethune.
- CARBALLO WANGÜEMERT, Benigno (1990): *Las Afortunadas*, Ayuntamiento de Los Llanos de Aridane y Centro de la Cultura Popular Canaria.
- CASAS PESTANA, Pedro J. de las (1894): *Nociones de geografía universal y geografía particular de la isla de San Miguel de La Palma para la primera enseñanza*, Santa Cruz de La Palma.
- CASTILLO, Francisco Javier (1999): «Viajeros británicos en La Palma. Charles Edwardes», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 10 de julio.
- (2000a): «La ciudad de las campanas, los serenos y la lluvia. La Laguna a finales de 1883», *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de febrero.
- 2000b): «Apuntes de literatura de viajes. La puerta del sur». Reseña de Richard F. Burton *Vagabundeos por el oeste de África. I: Madeira y Tenerife* (Barcelona: Laertes, 1999) *Revista Canaria de Estudios Ingleses*, 41, pp. 287-293.
- (2002): «Literatura de viajes y realidad insular. Cuestiones de idealidad y de procedimiento», *Nerter*, 3-4, pp. 96-100.
- (2004a): «Travels, knowledge and literature in the Age of Reason: On George Glas' writings», en M. Brito & J. I. Oliva (eds.) *Traditions and Innovations. Commemorating Forty Years of English Studies at ULL (1963-2003)*, La Laguna: RCEL, pp. 209-221.
- 2004b): «Humboldt en las *Misceláneas* de Sabin Berthelot», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 22, pp. 37-46.
- (2005): «Sobre la España insular en la literatura de viajes del siglo XVIII: George Glas y su *A Description of the Canary Islands*», en María Antonia López-Burgos del Barrio y José Ruiz Mas (eds.) *Actas de las Primeras Jornadas Internacionales Viajeros británicos, irlandeses y norteamericanos en España: escritores, pintores y músicos. De William Bromley a Ernest Hemingway*, Universidad de Granada.
- (2006): «Algunos apuntes de literatura inglesa de viajes: la contribución de Henry E. Harris», en J. I. Oliva, M. McMahon & M. Brito (eds.) *On the Matter of Words: In Ho-*

*Apuntes de literatura de viajes: Margaret D'Este*

*nor of Lourdes Divasson Cilveti*, Universidad de La Laguna: Servicio de Publicaciones, pp. 57-68.

CASTILLO, Francisco Javier y Carmen DÍAZ ALAYÓN (1999): «Las relaciones anglocanarias: A propósito de una publicación reciente». Reseña de Nicolás González Lemus, *Comunidad y sociedad británica en Canarias* (Tenerife, Edén Ediciones, 1997), *Revista Canaria de Estudios Ingleses*, 38, pp. 243-253.

— (2000): «Sobre literatura de viajes y traducción». Reseña de la obra de Charles Edwardes *Excursiones y estudios en las Islas Canarias*. (Traducción y notas de Pedro Arbona Ponce. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria. 1998. 346 págs.), *Estudios Canarios*. Anuario del Instituto de Estudios Canarios, XLIV, pp. 457-487.

DEBARY, Thomas (1851): *Notes of a residence in the Canary Islands, the South of Spain and Algiers*, Londres: Francis and John Rivington.

D'ESTE, Margaret (1909): *In the Canaries with a camera*, with illustrations from photographs by Mrs. R. M. King, Londres: Methuen & Co.

DÍAZ ALAYÓN, Carmen (1987): *Materiales toponímicos de La Palma*, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de La Palma.

— (1989-1990): «Notas de dialectología canaria: el léxico palmero», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 8/9, pp. 127-144.

— (1990): «Tres aportaciones sobre toponimia prehispanica de Canarias», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 36, pp. 561-592.

— (1999): «Notas lingüísticas sobre la Palma prehispanica», *Estudios Canarios*, XLIII, pp. 203-236.

ELLIS, A. B. (1855): *West African Islands*, Londres: Chapman and Hall.

GARCÍA PÉREZ, José Luis (1988): *Viajeros ingleses en las Islas Canarias durante el siglo XIX*, Santa Cruz de Tenerife: Caja General de Ahorros de Canarias.

GLAS, George (1764): *The History of the Discovery and Conquest of the Canary Islands, Translated from a Spanish Manuscript Lately Found in the Island of Palma. With An Enquiry into the Origin of the Ancient Inhabitants. To which is added A Description of the Canary Islands, Including the Modern History of the Inhabitants, and an Account of their Manners, Customs, Trade, &c.*, Londres: Printed for R. and J. Dodsley, in Pall-Mall, and T. Durham in the Strand.

HARRIS, Henry E. (1901): *Some Birds of the Canary Islands and South Africa*, Londres: R. H. Porter.

HERNÁNDEZ PERERA, Jesús (1961): «Esculturas genovesas en Tenerife», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 7, pp. 377-483.

HOLMAN, James (1840): *Travels in Madeira, Sierra Leone, Teneriffé, St. Jago, Cape Coast, Fernando Po, Princes Island...*, Londres: George Routledge.

- LATIMER, Frances (1888): *The English in Canary Isles. Being a Journal in Tenerife and Gran Canaria*, Plymouth: Western Daily Mercury.
- LATIMER, Isaac (1887): *A Summer Climate in Winter. Notes of Travel in the islands of Tenerife and Grand Canary*, Plymouth: Western Daily Mercury.
- LEE, Harold (1887): *Madeira and the Canary Islands. A handbook for tourists*, Liverpool: Lee & Nightingale.
- LORENZO RODRÍGUEZ, Juan Bautista (1987): *Noticias para la historia de La Palma*, I, Instituto de Estudios Canarios y Excmo. Cabildo Insular de La Palma, 2.<sup>a</sup> ed.
- MURRAY, Elizabeth (1859): *Sixteen Years of an Artist's Life in Morocco, Spain and the Canary Islands*, 2 vols., Londres: Hurst & Blacket, Publishers.
- NORTH, Marianne, Frances LATIMER y Margaret D'ESTE (2005), *Fascinadas por el Pico: Tres mujeres y un volcán*, estudio introductorio de J. Enrique Jiménez Fuentes, Ediciones Idea.
- PÉREZ GARCÍA, Jaime (1985, 1990, 1998): *Fastos biográficos de La Palma*, vols. I, II y III, Servicio de Publicaciones de la Caja de Ahorros de Canarias.
- (1995): *Casas y familias de una ciudad histórica: la calle real de Santa Cruz de La Palma*, Excmo. Cabildo Insular de La Palma-Colegio de Arquitectos de Canarias, demarcación de La Palma.
- (2000): *La calle trasera de Santa Cruz de La Palma*, Servicio de Publicaciones de la Caja de Ahorros de Canarias.
- PROUST, L. y PITARD, J. (1908?): *Les Îles Canaries. Description de l'Archipel*, París.
- RÉGULO PÉREZ, Juan (1970): *Notas acerca del habla de La Palma*, Universidad de La Laguna.
- RODRÍGUEZ, Gloria (1985): *La iglesia del Salvador de Santa Cruz de La Palma*, Excmo. Cabildo Insular de La Palma.
- SANTOS GUERRA, Arnaldo (1983): *Vegetación y flora de La Palma*, Santa Cruz de Tenerife: Ed. Interinsular Canaria.
- STONE, Olivia (1889): *Tenerife and its six satellites*, 2 vols., Londres: Marcus Ward & Co., Limited.
- VERNEAU, René (1891): *Cinq années de séjour aux Iles Canaries*, París.
- VIERA Y CLAVIJO, José de (1982): *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, edición dirigida y prologada por Manuel Alvar, Las Palmas de Gran Canaria.
- (1950-1951): *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, 3 vols., edición bajo la dirección de Elías Serra Ràfols, Santa Cruz de Tenerife.

*Apuntes de literatura de viajes: Margaret D'Este*

WEBB, P. B. y S. BERTHELOT (1836-1850): *Histoire Naturelle des Iles Canaries*. París: Bethune.

WHITFORD, John (1890): *The Canary Islands as a winter resort*. Londres: Edward Stanford.

WILDE, W. R. (1840): *Narrative of a Voyage to Madeira, Teneriffe and along the Shores of the Mediterranean*, 2 vols., Dublín: William Curry, Jun. and Company.

WÖLFEL, Dominik Josef (1965): *Monumenta Linguae Canariae*, Graz.